

gas y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios, sino á pié y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos: merced á vuestras grandes hazañas que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra.—Quisiera yo, señor Duque, respondió Don Quijote, que estuviera aquí presente aquel bendito religioso, que á la mesa el otro dia mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos, si los tales caballeros son necesarios en el mundo: tocara por lo menos con la mano, que los estraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas enormes, no van á buscar su remedio á las casas de los letrados, ni á la de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado á salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano, que antes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas, para que otros las cuenten y las escriban.—El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desman y trabajo que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña y pida lo que quisiere, que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolucion de mi animoso espíritu.



CAPÍTULO XXXVII.

Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida.

EN estremo se holgaron el Duque y la Duquesa de ver cuán bien iba respondiendo á su intencion Don Quijote, y á esta sazón dijo Sancho:—No querría yo que esta señora Dueña pusiese algun tropiezo á la promesa de mi gobierno, porque yo he oido decir á un boticario toledano, que hablaba como un silguero, que donde interviniesen dueñas, no podia suceder cosa buena. ¡Válame Dios, y qué mal estaba con ellas el tal boticario! De lo que yo saco, que pues todas las dueñas son enfadasas é impertinentes, de cualquiera calidad y condicion que sean, ¿qué serán las que son doloridas, como han dicho que es esta Condesa tres faldas ó tres colas? Que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas todo es uno.—Calla, Sancho amigo, dijo Don Quijote, que pues esta señora dueña de tan lueñes tierras viene á buscarme, no debe ser de aquellas que el boticario tenia en su número, cuanto mas que esta es Condesa, y cuando las condesas sirven de dueñas, será sirviendo á reinas y á emperatrices, que en sus casas son señorísimas, que se sirven de otras dueñas. A esto respondió Doña Rodriguez, que se halló presente:—Dueñas tiene mi señora la Duquesa en su servicio, que pudieran ser condesas, si la fortuna quisiera; pero allá van leyes do quieren reyes, y nadie diga mal de las dueñas y mas de las antiguas y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella á una dueña viuda, y quien á nosotras trasquiló, las tijeras le quedaron en la mano.—Con todo eso, replicó Sancho, hay tanto que trasquilar en las dueñas, segun mi barbero, cuanto será mejor no menear el arroz, aunque se pegue.—Siempre los escuderos, respondió Doña Rodriguez, son enemigos nuestros, que como son duendes de las antesalas y nos ven á cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de